

**Balsamo, Luigi. *La bibliografía: historia de una tradición*. Madrid: Ediciones TREA, 1998, 214 p. (Biblioteconomía y Administración Cultural, 20). ISBN 84-89427-99-2**

Luigi Balsamo nos ofrece una obra de ocho capítulos, tendentes a esclarecer con cierta profundidad algunas configuraciones históricas que nos ayudan a comprender con mayor nitidez la evolución de los instrumentos fundamentales de información documental que los estudiosos en este campo agrupan bajo el término *bibliografía*.

El autor parte haciendo una distinción en la que apuntala la justificación de carácter histórico que, acorde con su juicio, es factible desarrollar en el marco de la *bibliografía*. Así, en cuanto a esta materia establece que: "Las definiciones que ofrecen los diccionarios y manuales no suelen ir más allá de una descripción física, que cristaliza el fenómeno bibliografía en una dimensión puramente instrumental, descuidando su consistencia histórica". Esta inquietud de Balsamo lo lleva a investigar la bibliografía no como un referente "desde el punto de vista técnico", sino como un "complejo siste-

ma de comunicación social" que puede ser analizado desde una arista proyectada en las coordenadas de espacio y tiempo. En este sentido, propone que la bibliografía se extienda del cuestionamiento "qué es" a "qué ha sido" esta empresa intelectual hasta hoy día, es decir, "qué funciones ha desarrollado en las distintas épocas y en los diferentes países". En otras palabras, sugiere entretener la bibliografía en un entramado histórico que nos permita distinguir toda la posible gama de hechos que directamente están unidos al desarrollo de la misma. Ésta es una de las premisas que plantea en el capítulo primero, intitulado "Ayer y hoy de la bibliografía".

Balsamo sabe que para discurrir en torno de temas sobre historia de la bibliografía, es necesario concatenar puntos de vista propios de la bibliografía o inherentes a la historia del libro y de las bibliotecas. De tal suerte que en el capítulo segundo trata la "Información

y circulación de libros en el medievo", pero procura dar cuenta principalmente de los inventarios o listas de libros compilados que respondían a la necesidad de facilitar el mercado regular de estos productos culturales. Es decir, rescata datos históricos que nos dan luz de cuáles eran las posibilidades de identificación y disponibilidad de ejemplares de tal o cual obra. Logra distinguir funciones reveladoras de las compilaciones generales elaboradas entre los muros de las bibliotecas medievales, enclavadas en catedrales y monasterios.

Más adelante Balsamo identifica tres circuitos del libro. Los dos primeros de naturaleza institucional, que operaban desde el medievo: el universitario y el eclesiástico. Llegado el siglo xv, hace su aparición el tercero: el privado, esto es, el nutrido por estudios particulares; lo que originaría, según asienta el autor, un especial auge a una nueva cultura humanística que daría paso a la constitución de importantes bibliotecas personales y a "una tupida red de intercambios de información libresca". En este contexto intelectual, nuestro autor comenta la formulación del "canon bibliográfico" que aquellos hombres tuvieron la necesidad de elaborar para establecer la "regla" o los criterios a los que debían sujetarse, tanto para el desarrollo de sus bibliotecas ideales como para la transmisión de las noticias bibliográficas a los demás interesados.

El fenómeno del nacimiento de la tipografía en Europa vendría también,

señala Balsamo, a revolucionar la difusión del libro, surgiendo así una "nueva dimensión empresarial", por lo que debieron requerir los protagonistas del mundo del libro "nuevas formas de mercado". Hechos concretos que provocaron la necesidad de nuevos instrumentos de información, tales como los "auténticos catálogos" en forma de folleto, octavillas y boletines de obras ya publicadas o en prensa. Estos acontecimientos dieron lugar a la aparición de numerosos repertorios de libros elaborados por editores, impresores y libreros de la época. Balsamo, en el capítulo tercero, "El canon bibliográfico del siglo xv y la imprenta", afirma que "son los primeros instrumentos de información bibliográfica", esto es, los antecedentes de "los repertorios de naturaleza erudita y científica". Géneros bibliográficos (el comercial y el erudito) que se han venido perfeccionando hasta nuestros días.

En efecto, el trabajo bibliográfico de carácter comercial pronto fue complementado por el de diversos estudiosos, cuyos repertorios comenzarían a distinguirse por ser más sistemáticos y circunscritos a conocimientos especializados. De aquí que el autor titule al capítulo cuarto "Los cánones bibliográficos del siglo xvi: de la bibliotheca universalis a la bibliotheca selecta". En este apartado Balsamo destaca que el "culto al método", al orden, sería el elemento relevante de la personalidad de los bibliógrafos de aquella centuria, pues ya no se trataba de simples listas,

sino, incluso, de repertorios biobibliográficos, característica que continuaría presentándose en los siglos siguientes con el fin de hilar con decoro los aspectos biográficos y bibliográficos de personajes ilustres.

De tal manera que es durante el siglo *xvi* cuando comienzan a ser preparados y publicados los primeros repertorios bibliográficos tanto en el marco de las humanidades (literatura, derecho), como en el de las ciencias naturales (medicina, zoología, botánica), y cuya evolución va desde el interés de una recuperación de obras, sin exclusión selectiva, hasta el refinamiento de métodos que evidenciaría características innovadoras. Todo esto tendente a una visión orgánica: "servir al lector, satisfacer su demanda de información y de documentación cultural". En este sentido, el conjunto de obras incluidas y su descripción bibliográfica debió resultar más articulada y más completa con respecto a ciertos repertorios de los librereros que carecían precisamente de sistematicidad.

Balsamo, al estudiar la bibliografía de la centuria *xvii* en el capítulo quinto ("Bibliographia entre bibliotecas y periódicos literarios en el siglo *xvii*"), hace especial énfasis sobre el papel que la práctica de la misma tiene en el plano de las bibliotecas. Destaca puntos de vista de figuras como Naudé, referentes a importantes principios y criterios bibliotecológicos, entre los que sobresale el uso público de los fondos documentales, es decir, la circulación

de los libros "sin ninguna restricción a su contenido o a sus autores, y sin distinción social entre los lectores". Finalidad que articula con la difusión de los impresos mediante el ejercicio de los bibliógrafos de la época, quienes se empeñarían en "adquirir toda suerte de libros," tanto para nutrir biblioteca como para desarrollar instrumentos o repertorios de recuperación de información bibliográfica, los cuales hoy en día resultan importantes testimonios para el historiador de este tipo de fuentes.

Para Balsamo, las bibliografías del siglo *xvii* son "Como espejos de la situación cultural y social de cada país", en las que se destaca a veces el sentimiento de nacionalidad. Sin embargo, en el análisis que hace de diversos repertorios elaborados a lo largo de esa centuria enfatiza principalmente sobre las peculiaridades que los distinguen: agrupación de los registros, tipos de índices, uso de nombres ficticios, alcance temático y geográfico, etcétera. De esta forma, el autor teje fino el ámbito social del trabajo bibliográfico de la época con las formas estructurales y la variedad de la evolución técnica del repertorio.

Por lo que respecta al capítulo sexto, Balsamo circunscribe su estudio en torno a "La bibliografía de los periodistas, de los profesores y de los librereros en el siglo *xviii*". Primeramente nos advierte sobre los dos tipos de información bibliográfica que es necesario distinguir. Por un lado las biblio-

tecas/repertorios o *bibliothecae*, comúnmente escritas en latín, que representaban la "memoria informativa" para favorecer el conocimiento y la difusión de la producción editorial; y por otro lado las bibliotecas/colecciones de libros, que eran la "memoria documental", materia prima que hacía posible los *catalogus librorum* destinados especialmente a ofrecer un inventario de los materiales de una determinada colección. A este panorama se habría de agregar el trabajo bibliográfico publicado en los periódicos de los estudiosos en los que la información sería redactada en las lenguas nacionales, de tal suerte que esta labor garantizaría un mayor acceso al público. Así, a lo largo de este capítulo, nuestro autor nos ilustra acerca de los antecedentes y las características de las diversas compilaciones que elaboraron varios protagonistas del universo de la bibliografía durante esa centuria.

En el capítulo séptimo, intitulado "La bibliografía de los bibliotecarios y de los historiadores en el siglo XIX", Balsamo nos presenta un análisis histórico, pero a la vez teórico con relación a la evolución de la *bibliographie*, tomando como punto de partida los "efectos traumáticos" que ocasionó la revolución en Francia en el terreno de las bibliotecas ante "el aluvión de libros" que se presentó a causa de la expropiación estatal de material bibliográfico a eclesiásticos, a familias aristócratas y a adversarios de la revolución. Continúa con el análisis de

algunos puntos de vista que particularmente fueron delineando la figura profesional del bibliotecario en el campo no sólo de las bibliotecas, sino también en el de la bibliografía. De tal manera que, con base en G. Peignot y Née de la Rochelle, infiere que el bibliotecario durante ese siglo sería "el personaje más complejo y completo", puesto que "a él se le asignaba un cúmulo de cometidos técnicos y de preparación cultural que se añadía a los ya amplísimos deberes propios del bibliógrafo". Ante este significado, nuestro autor profundiza su discurso en la polémica que se suscitaba en esos tiempos, inherente a la búsqueda y definición de la identidad profesional del bibliotecario ante el quehacer de la bibliografía.

En el capítulo octavo y último, "Hacia un nuevo desarrollo", Luigi Balsamo despliega una discusión breve en la que señala cómo fue generalizándose "el uso del término bibliografía como título de los repertorios"; cuál fue el objetivo de la aspiración de conformar "una memoria bibliográfica universal"; cómo, en el plano teórico, se intentó desgranar la enseñanza de la bibliología (en historia del libro, bibliografía y biblioteconomía) para evitar la ambigüedad léxica; cómo fue cultivándose la bibliografía tipográfica de los libros antiguos y raros; cómo la bibliografía ha tenido que encarar los cambios derivados del progreso tecnológico, el cual ha impuesto nuevos formatos y nuevas prácticas técnico-científicas de compilación

y registro para un eficaz uso de la recuperación de datos, entre otros asuntos de particular importancia. Así, nuestro autor finaliza este apartado con el problema de la "dimensión cuantitativa" en el ámbito bibliográfico, que ha venido preocupando, desde el siglo XIX, a todos los protagonistas del mundo de la información bibliográfica, pero en especial a los bibliógrafos y bibliotecarios.

Cabe agregar que la obra de Balsamo incluye al final una "nota bibliográfica", cuyo fin es indicar una literatura más profunda sobre la materia que analiza, además de las "adiciones y actualizaciones a la nota bibliográfica" con respecto a la primera edición. El libro culmina con un abundante índice onomástico.

Dr. José María Luis Mora

A la mitad del siglo XIX, Juan Valle se convierte en el bardo que canta de la Reforma. En un texto dedicado al hecho Comonfort, celebra los grandes inventos que han conmovido al mundo: la imprentación y el pleno ejercicio de la libertad. Alude a máquinas, al vapor, al telégrafo, como los nuevos dioses que, en el nombre de la razón, explican la manera de vivir. Como decimero que cada palabra le inspira, se imprime en su poema, en su poema:

Con razón de temblor y causa espantosa  
a los trancos le subiese inventos  
que él de la verdad el fuego elemental  
del vestal mantiene y alumina.  
Es un gigante que en presencia asoma  
la libertad entre de los guantes  
cruza sobre pilas, anfas, vigas atenta  
del universo lengua y pensamiento.

"Yo soy un hombre de letras", declara, finalmente el libro, el personaje de Ter-

cercio del Valle que en *Nada de los* muestra la reacción de las diversas fuerzas que utilizan los signos del lenguaje para ponerlos al servicio de la palabra. González por su parte a su vez dice: "¡No es para medicina!" ante la aparición de la cabeza una cruz de malhechor con esos móviles, como que se le va idiomáticamente a la obra. La victoria final.

Cuando Valle escribe su poema de la imprenta, las artes gráficas recién se muestran por algunos de sus rasgos característicos, y la industria cultural se enfrenta en su apogeo. Tal vez como meditar, pero también en forma activa del proceso. Los poemas muestran los propios libros, como es el caso de las *Artesanales y artesanales* que explicamos de los libros, de los y sus propias litografías. También desde el siglo XIX, los editores dieron a la luz sus propios catálogos de libros, folletos y volúmenes, con el fin de que los clientes eligieran aquellos que gustar

